La Colonia-Sanatorio de Fontilles

CRITERIO ALFONSO XI, 4 MADRID

Fundada por un jesuíta misionero, constituye una de las piedras angulares de la lucha antileprosa en España.

Se encuentran recluídos en ella los penados dependientes de la Dirección General de Prisiones.

Por JOSE RICO DE ESTASEN
Director del Reformatorio de Adultos de Alicante.

I

En la Plaza Mayor de Orba, el pueblo más bello y sugeridor del Partido Judicial de Pego, una muchacha joven, destacándose de un grupo de amigas endomingadas, en respuesta a mis preguntas, extendiendo el brazo hacia un punto concreto del horizonte, nos indicó:

Vista parcial de Fontilles.

—¡ Allí está Fontilles ! Desde aquí se ve perfectamente un trozo de la muralla...

Así era en verdad. La famosa leprosería del Levante español, que lleva el nombre del Santo Duque de Gandía, se halla totalmente rodeada por una tapia de piedra, que trepa por las colinas, que desciende hasta lo más profundo de los valles, que sigue el curso de los arroyos en una extensión de varios kilómetros. Contemplando desde la plaza de Orba un trozo de este inmenso recinto de argamasa y piedra, yo pensé, sin querer, en la gran muralla de China, y, en un tono menor, y más íntimo, en la Colonia Penitenciaria del Dueso.

Pero la repentina impresión de tristeza fué disipada al instante por nuestra linda interlocutora, quien, amablemente, aclaró:

—Con el coche que ustedes llevan llegarán allí rápidamente. Nosotras, andando, tardamos poco más de una hora.

—¿ Suelen ir ustedes a Fontilles ? —pregunté entonces.

—Muchas veces. Los días festivos sobre todo. Es una excursión interesante, en la que siempre tenemos algo que aprender.

TIERRA DE LEPROSOS

Después de la breve parada, reanudamos el viaje que iniciamos en Alicante dos horas antes. Nos repostamos de carburante en Pego, y continuamos luego en dirección a la ciudad de los leprosos, a través de la ruta que describe el insigne estilista Gabriel Miró, en el primero de sus libros, «Del vivir», y contornea literariamente en el último, «Años y leguas».

Portalón de entrada a la Colonia-Sanatorio de San Francisco de Borja.

Miró llama a estos parajes del marquesado de Denia y Coll de Rates; a los pueblos de Bollulla, Tárbena, Alcalalí, Jalón, Senija, Benichembla... tierra de leprosos, que él vió brotar de los infectos agujeros donde vivían como alimañas en los barrios apartados de Parcent ; hundidos entre llagas, duros, consumidos, secos, con la expresión de las tristezas todas, con el dolor supremo de la propia lástima, en las estribaciones del Mongó ; como fantasmas huidizos en la noche blanca, resplandeciente de luna, de Sagra.

Los habitantes de los focos leprosos de las comarcas levantinas, se encuentran ahora recogidos en Fontilles y, libres de prejuicios literarios, a través del cristal de nuestro

Fontilles
BIBLIOTECA MÉDICA
Sanatorio San Fco. de Borja
03791 Fontilles (Alicante)

Pabellón de Santa Isabel, donde se albergan los leprosos varones.

coche. Sagra, en la actualidad, es un pueblo en sosiego rodeado de maizales y viñedos, tostado de sol, con sencillos casales bordados de rudos remiendos saledizos, y Tormo, un caserío limpio y reluciente que emerge de los sembrados fronteros a una montaña, dibujando en el azul una línea ondulada al borde mismo de la carretera.

EL PRIMER LAZARINO Y EL P. FERRIS.

En la historia de Fontilles, el pueblo de Tormos, verde, diminuto, creyente y feliz, ocupa un lugar preferentísimo, donde el fundador de la célebre leprosería se sintió llamado al apostolado de los aquejados de tan terrible enfermedad, al enfrentarse por vez primera con un leproso.

En la ciudad de Gandía vive todavía el abogado don Joaquín Ballester, hombre desinteresado y bueno, que fué testigo de tan excepcional suceso.

Por expresa voluntad de su progenitor, nacido en la diminuta villa, en el mes de Diciembre del año 1901, don Joaquín Ballester organizó en Tormos una misión espiritual cuya predicación fué encomendada al P. Carlos Ferrís, que se trasladó a Tormos desde la residencia Ducal de Gandía.

El P. Ferrís, miembro esclarecido de la Compañía de Jesús, había vivido hasta entonces exteriorizando en Casas de Beneficencia, Hospitales y Cárceles, el tesoro de su caridad ardiente, inagotable, que le llevó a abrazar la vida sacerdotal en un principio, a alentar, luego, sumido en oración continua, a ser considerado el padre de los huérfanos, el amigo de los obreros, el remedio de los necesitados, el misionero de Cristo, cuya palabra arrebatadora había extendido por una buena parte de España.

Y ocurrió que una noche, encontrándose con don Joaquín Ballester, en amable velada, al amor de la lumbre, acertaron a oír los lamentos de un enfermo de lepra, que vivía recluído en una casa contigua.

El sabio y santo jesuíta quedó tristemente impresionado al tener noticia de la existencia de tan terrible enfermedad y de que los enfermos abundaban en la región levantina. Sin presentir que con se-

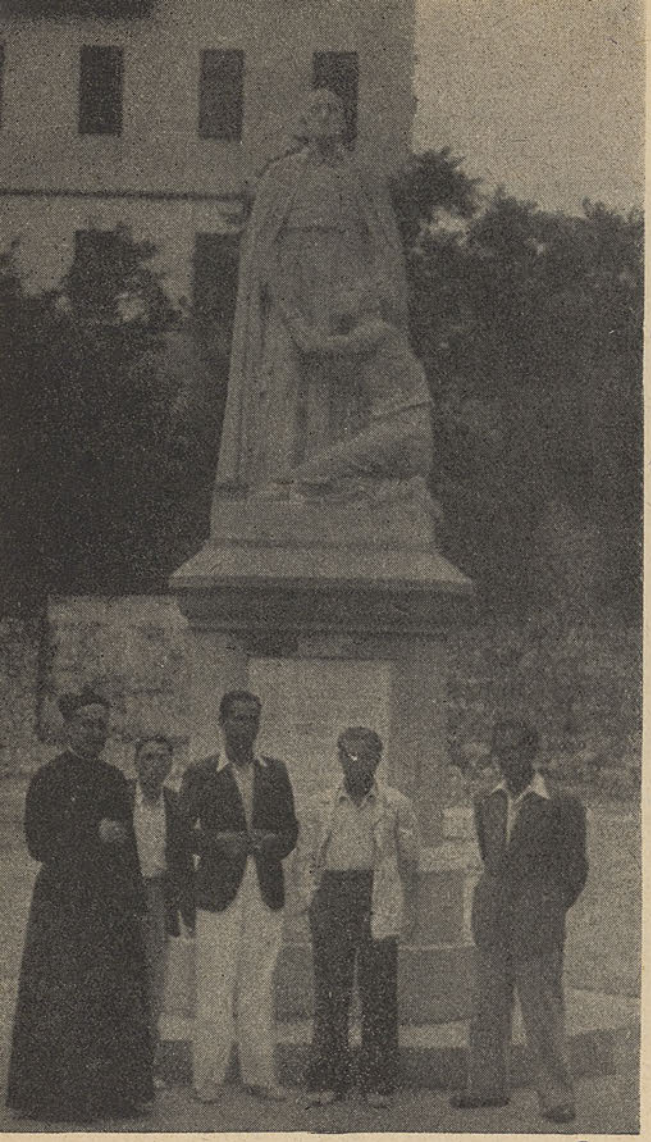
Pabellón aislado donde tienen lugar las entrevistas de los enfermos con sus amigos y familiares.

mejante determinación convertía a Tormos en cuna de Fontilles, ni sospechar la grandiosa obra que había de surgir de tan humildes principios, tratando de dilucidar si la empresa a realizar constituía una necesidad o un desvarío, a la mañana siguiente, el P. Ferrís, plenamente identificado con el señor Ballester, se dirigió al Dr. González Castellano, que, llevado de su vocación, había construído en Jávea un pequeño refugio para leprosos, preguntándole qué condiciones debería reunir el lugar a propósito para ser habitado por los aquejados de aquella enfermedad.

La respuesta, que tan poderosamente había de mover el ánimo resuelto del jesuíta, fué terminante, y en ella se especificaban las condiciones que debería reunir el futuro sanatorio. «Debe ser—escribió —de buen clima, resguardado del viento Norte, a cierta altura sobre el nivel del mar, separado de la costa, a distancia de los arrozales, que no tenga mosquitos, aislado, alegre, con vista hermosa, agua buena y abundante, terreno de huerta, secano y monte, a ser posible poblado de pinos, que no sea húmedo y terreno filtrable.»

Tras haber conseguido el permiso de sus superiores, el P. Ferrís constituyó una Comisión organizadora, que contó con el estímulo y la bendición de todos los Obispos españoles. Dado el carácter sanitario de la obra, fueron también consultadas las eminencias médicas de la nación.

Conocida la resistencia que ofrecen las poblaciones, aun de los países más cultos y civilizados, para la instalación de leprocomios, el hallazgo, dentro de una de las provin-



Monumento en honor del padre Carlos Ferris, S. J., fundador de la leprosería de Fontilles.

cias del antiguo Reino de Valencia, del lugar que reuniera las condiciones señaladas por el Dr. González Castellanos, resultó una empresa erizada de dificultades, en la que se invirtieron más de doce meses.

Resumen de una ininterrumpida carrera de fecundos afanes, una madrugada de enero de 1903, deambulando por el territorio de Vall de Laguart, dieron con el Valle de Fontilles, llamado así por las numerosas fuentes que en él nacen, que estimaron colmaba las ambiciones de todos.

En el número de «La Revista de Gandía», correspondiente al 24 de enero de 1903, el P. Juan María Solá, entusiasta colaborador del Padre Ferris, hace cumplida referencia del suceso:

«...Descendimos al fondo y vadeamos el barranco de Fontilles, y a los pocos minutos de escarpada subida pudimos contemplar en toda su hermosura el emplazamiento y ventajas de la ideada COLONIA».

Hállase dicha partida en el término de Laguart en el distrito de Pego y provincia de Alicante. Con dificultad podrá hallarse en toda España un lugar más a propósito para lo que se desea. Porque al Norte tiene la plana de Castellet, que lo defiende del cierzo; al Sur dilátase el Tosal de Murla, que no impide las irradiaciones del Mediodía; hacia el Ocaso se levanta la montaña del Avencs o de las Cuevas, sobresaliéndose y destacándose como un gigante el peñón de Laguart. Pero lo más admirable y encantador es el espectáculo que se ofrece a la parte de Levante.

Entre las montañas de Castellet y de Murla, ábrese un gran boquete y exhibe al espectador el más delicioso y sorprendente panorama. A a derecha y en el fondo más remoto, descúbrese el castillo de Denia, al pié del majestuoso Mongó, y van aproximándose Ondara, Pedreguer, Benidoleig y Orba. A la izquierda, y casi tocando a la montaña vese Tormos, y alejándose más y más, Sagra, Ráfol, Benimeli, Sonet, Boniabeig y Vergel; y a manera de tres gaviotas que van a bañarse en el mar, los tres pueblos

de Setlas, Miraflor y Mirarrosa, cerrando el grandioso teatro de la ancha y azulada franja del Mediterráneo, bordada y como esmaltada de piedras preciosas y exquisitas labores que forman multitud de barcos y lanchas pescadoras, y sembrados unos mil caseríos por toda la Plana del marquesado de Denia.

No faltan en esta altura manantiales de agua cristalina. Mientras el oído se recrea con el murmullo del Torrente del Castellet, que en el fondo se despeña, vese a una elevación de 130 metros sobre el nivel del mar, una copiosa fuente, que da tres litros por segundo, de agua fina y limpísima, elemento necesario para una Colonia de pobres leprosos que han menester bañarse con tanta frecuencia, aparte de otros manantiales que bullen no lejos del principal y que deben de tener el mismo origen...

«El paraje, pues, no parece sino hecho por Dios para el sitio a que se destina. ¡Qué bien se emplazarían al pie del bosque de pinos los diversos pabellones, en medio de los cuales se alzará la Iglesia, con su esbelto campanario! La meseta de enfrente o, como la gente dice, el Tosalet, no puede ser más adecuado para asiento de la Dirección y hospederías, separado como está por una suave hondonada y recibiendo, como recibe, las primeras brisas del mar. Una carretera de unos cinco kilómetros unirá la leprosería con la carretera, que, pasando por Oliva, ha de continuar hasta Alicante, empalmando con ella entre Tormos y Orba.»

LA COLONIA-SANATORIO

No fueron, ni mucho menos, equivocadas las geniales suposiciones del P. Solá, ya que para la noble empresa lazarina difícilmente se hubiera logrado encontrar en toda España un sitio mejor, lugar excelente por estar completamente aislado y, al mismo tiempo, próximo a vías principalísimas de comunicación; con la extensión suficiente para montar en su interior toda suerte de instalaciones; convertido siempre en un amplio y ameno jardín, el más a propopósito para que alentaran en su recinto los pobres enfermos, condenados, por razón de su terrible dolencia, a perpetua reclusión.

La «Colonia-Sanatorio de San Francisco de Borja», registra como destacadas efemérides de su Historia la repulsa de los pueblos inmediatos a Fontilles, opuestos en un todo a la instalación del leprocomio; el intento de destrucción de la carretera de acceso a la Colonia; las amenazas de muerte al P. Ferrís... Pero la tormenta pasó: el 7 de septiembre de 1908, una Real Orden autorizaba a la Junta del Patronato para abrir al servicio público la leprosería, lo que tuvo lugar el 17 de enero de 1909 en que tuvieron ingreso en la Colonia-Sanatorio los ocho primeros enfermos, a quienes acompañaban, para cuidarlos, varias religiosas pertenecientes a la institución de Terciarias Franciscanas de la Inmaculada, y diversas señoritas que, sin pertenecer a ninguna orden, habían ofrecido enterrar su vida en Fontilles, por amor a Dios.

La leprosería, en el momento de la inauguración, no disponía más que de cuatro pabellones: la Administración, la Hospedería, el pabellón para enfermos y el destinado a las religiosas, adosado al cual se había emplazado una pequeña capi-

lla. En 1924, cuando murió el fundador, la «Colonia-Sanatorio de San Francisco de Borja» constituía una realidad esperanzadora, un mundo aparte que bien pocos españoles conocen, dotado de amplias dependencias, suntuosos edificios, modernas instalaciones sanitarias, clínicas y laboratorios, destinados a combatir el mal producido por el bacilo de Hansen.

El Director del Sanatorio de Fontilles, reverendo padre don Vicente Ignacio Villalonga, posa para la REVISTA DE LA ESCUELA DE ESTUDIOS PENITENCIARIOS, *acompañado de algunos de los visitantes que arriban diariamente a la leproseria para visitar a los lazarinos.*

LA LEPRA

Mientras nos extasiábamos en la contemplación del panorama circundante desde la desgarradura del monte por donde discurre la carretera de Orba, uno de mis acompañantes, para mejor conocimiento de lo que íbamos a visitar, nos habló de la lepra, la más temible de las enfermedades de todos los tiempos, recrudecida y exacerbada siempre como consecuencia de las guerras y calamidades públicas y de la que puede asegurarse que el único medio de adquisición es el contagio.

Si nos atenemos a las fuentes de información contenidas en las Sagradas Escrituras, en Babilonia, en Persia, en Judea, en Egipto, desde las más remotas épocas de la Historia, la lepra constituyó una terrible plaga, consecuencia de lo cual los aquejados sobrellevaban su existencia mísera separados del resto de los humanos, como seres impuros, malditos de Dios, que aprovechaban la soledad y la negrura de la noche para procurarse sus parvos alimentos, cuando no esperando el final de sus días en seguras ergástulas.

La tradición, la leyenda, la literatura, nos ofrecen impresionantes ejemplos del miedo—miedo que llega a confundirse con el odio—con que la humanidad miró siempre a los leprosos. Por tan universal adversión, Mío Cid remonta la cima del heroísmo y de la inmortalidad al estrechar la mano de un leproso, que resulta ser el propio San Lázaro, y «Ben-Hur», el protagonista de la célebre novela de Lewis Wallace, resulta un héroe que rebosa de amor y de caridad cuando, dormido, sueña con su madre y con su hermana, contagiadas de la bíblica enfermedad.

Surgió este dolor en los siglos primitivos, junto al Nilo, y pronto invadió el Asia. Alcanzó más tarde las costas de Grecia y fueron los soldados de Pompeyo los que la trajeron a España siglos más tarde. La lepra, llamada también gafedad, parecía vinculada al pueblo hebreo. Moisés habla de ella con particular extensión, y una ley mosaica obligaba a los aquejados de aquella enfermedad a vivir en despoblado, a llevar la cabeza rapada y al aire, y tapada la boca, y a pregonar su mal a grandes voces, con el fin de que nadie se aproximase a ellos y evitar el contagio. Este asco, este aborrecimiento al malato son universales. Condenados a un simulacro de enterramiento en vida, en la antigüedad, los leprosos eran agonizantes con la clarividencia necesaria para percibir el horror de sus dolores y de sus llagas, y clamar, con Job, mientras sus cuerpos, medio podridos en vida, acababan de pudrirse en el seno de la tierra:

«...Huye lejos de mí.»

«...Porque abrió su aljaba y me afligió.»

«...Reducido soy a la nada: arrebataste como viento mi deseo y como nube pasó mi salud.»

Dos de los enfermos más jóvenes del leprocomio de Fontilles.

«...Y ahora, dentro de mí mismo, se marchita mi alma y me poseen días de aflicción.»

«¡Humanidad! Clamo a ti y no me oyes; estoy presente y no me miras!» (1).

Llevados de su espíritu evangélico, en los siglos medioevales, diversas órdenes religiosas dieron entrada en sus conventos y monasterios a los enfermos de lepra, sentando con esta piadosa determinación las bases de los lazaretos europeos, de los cuales, por lo que a España se refiere, el primero de que se tiene

(1) Libro de Job. Capítulo XXX.

noticias fué el establecido en Barcelona por el Obispo Guillermo.

En tiempos de Felipe II se creó otro en Madrid, bajo la advocación de San Lázaro, en el que, según una falsa tradición, estuvo recluído el Príncipe de los Ingenios Españoles, don Miguel de Cervantes Saavedra, de quien nunca hemos sabido que fuera leproso. El de Santa María de Silva, en Tineo; el de San Lázaro, en Oviedo; y el que fundó en Palencia el propio Cid Campeador, constituyen los gloriosos antecedentes de la lucha antileprosa en nuestro país. Pero, en el transcurso de los siglos, hasta llegar a la gloriosa realidad de Fontilles, continuaron construyéndose internamientos, más bien horrendas reclusiones, donde los lazarinos aguardaban la muerte en el más triste de los abandonos y en la más espantosa promiscuidad.

Consecuencia de tan inhumanas medidas, en tiempos modernos, la lucha contra la lepra se hizo sumamente difícil, por la propensión de los enfermos a ocultarse, temerosos de ser separados de sus familias y de su ambiente, desprovistos de sus medios de trabajo, sumidos en las leproserías a perpetuidad.

La pérdida de nuestras últimas colonias de América, la disminución de nuestros transportes marítimos como elemento de enlace con los puertos de América, Oceanía y Asia, hizo disminuir también la importación de gérmenes y aun de leprosos, pudiendo decirse que a partir del presente siglo la lepra disminuyó considerablemente y que en el día de hoy, complementada la campaña antileprosa con la leprosería de Abona, radicada al Sur de la isla de Tenerife; la de Trillo, en el antiguo balneario de este nombre, en la provincia de Guadalajara; la de Toen, a poca distancia de la ciudad de Orense, y la de Fontilles, a donde nos llevan nuestros afanes periodísticos y penitenciarios, el problema queda reducido a uno de tantos dependientes de la Dirección General de Sanidad, verdaderamente interesada en que la terrible enfermedad, lejos de propagarse y aumentar, disminuya y extinga, como corresponde al grado de progreso y de civilidad en que vivimos.

Designada la capital de España, en el año 1953, para la celebración del Congreso Internacional de la Lepra, los médicos españoles se preparan para contender con sus colegas extranjeros sobre tantas y tantas facetas relativas a la incubación, desarrollo y desenlace de la dolencia motivada por el bacilo de Hansen. Resultaría harto curioso llegar a dilucidar por qué la sociedad, tan tolerante con la tuberculosis y la sífilis—los dos azotes contagiosos por excelencia—persigue de manera implacable a la lepra.

Pese a la venturosa realidad expuesta, a los afanes que el Estado español pone en la investigación científica de la lepra para su más acabado estudio y mejor combate, los infelices lazarinos llevan aneja a su dolorosa tara una sentencia de prisión a perpetuidad. Nadie se opone, en cambio, a que un sifilítico contraiga matrimonio; y por lo que a la tisis se refiere, llegó a constituir una dolencia «literaria» de *moda*—recuérdese el caso de la famosa «Dama de las Camelias»—y, ¿cuántas mujeres, tras el primer desengaño amoroso, no habrán querido imitar a Margarita Gautier?

Como un paso más de la campaña antileprosa, hace sólo unos días, la esposa del Jefe del Estado, inau-

guró el Preventorio establecido en el pueblo de Chapinería, a cincuenta kilómetros de Madrid.

El Preventorio Antileproso de Chapinería, capaz para cincuenta plazas, tiende a evitar que aquellos niños en cuyas familias existe algún lazarino, puedan sufrir el contagio. Como de cuanto llevamos dicho se desprende, el mal de Hansen sólo se adquiere por contagio repetido y directo, ya que la lepra no se hereda, y los hijos de padres enfermos, nacen sanos. Como este Hogar Preventorio se tiene el propósito de instalar otros en diversos lugares de España, contribuyendo poderosamente a la prevención del mal.

LA LLEGADA

El coche que nos lleva a Fontilles realiza el último esfuerzo para alcanzar el nivel más alto de nuestro camino, desde donde emprendemos un descenso rápido hasta llegar a una bifurcación de la carretera, en cuyo indicador, a continuación de una flecha, se lee: «Fontilles».

He aquí el camino que muy pocas personas se atreven a seguir.

Desde nuestra altura, contemplamos a vista de pájaro el diminuto camposanto de Vall de Laguart, y avizoramos, perdidos entre las arboledas y las verdes fecundidades de los cercanos horizontes, los suntuosos edificios y una gran extensión de la enorme muralla que rodea el recinto de la leprosería.

La carretera, en suave ondulación, discurre ahora por la profundidad del valle que colmó las apetencias misioneras del P. Ferrís, tras su afanosa búsqueda por los pueblos y lugares del marquesado de Denia.

Una ladera sumamente inclinada nos conduce, al fin, hasta el mundo desconocido donde alientan los leprosos. Un monumental portalón, defendido por alta verja de hierro, nos cierra el paso. Sobre el arco de medio punto, leemos:

«Colonia-Sanatorio de San Francisco de Borja. Fontilles.»

¡Hemos llegado!

(Información gráfica del autor.)

Este reportaje continúa en el próximo número.